

# HERMANOS DE SANGRE

SIMON SCARROW

# HERMANOS DE SANGRE

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Brothers in Blood*

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: noviembre de 2015

© Simon Scarrow, 2014

© de la traducción: Ana Herrera, 2015

© de la presente edición: Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521

08029 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C

C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires

Tel. (11) 43 933 432

Argentina

E-mail: [info@edhasa.com.ar](mailto:info@edhasa.com.ar)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6289-3

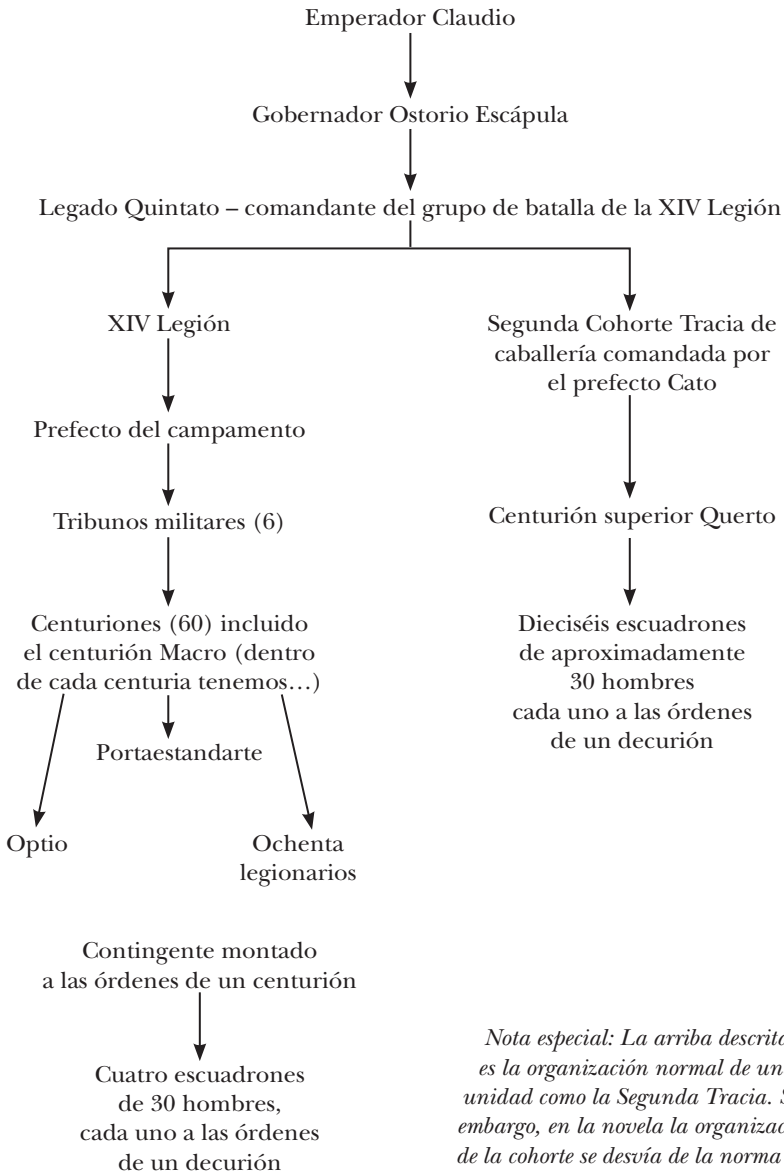
Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 24540-2015

Impreso en España

*Para mi hijo Joseph, que se ha hecho hombre.*

# CADENA DE MANDO DEL EJÉRCITO BRITÁNICO



*Nota especial: La arriba descrita es la organización normal de una unidad como la Segunda Tracia. Sin embargo, en la novela la organización de la cohorte se desvía de la norma por motivos que se harán patentes...*

# LA PROVINCIA ROMANA

52 a.C



## CAPÍTULO I

*Roma, febrero de 52 d. de C.*

Las calles de la capital estaban repletas de gente que disfrutaba de un calor nada habitual para la estación. Era poco después de mediodía, brillaba el sol y el cielo estaba despejado. Musa tuvo la sensación de que le estaban siguiendo antes incluso de ver a su perseguidor. Era aquel instinto lo que había llamado la atención de su amo ya desde el principio, su habilidad innata para husmear el peligro. Una cualidad valiosísima, en su negocio. Se gastó una pequeña fortuna entrenándole, desde que le recogió de las calles junto al Aventino, y ese entrenamiento había aguzado su ingenio y sus ágiles reflejos.

Era tan hábil como cualquier agente del palacio imperial. Sabía acechar a su víctima y matar en silencio. Sabía desfigurar un cadáver y deshacerse de él, de modo que hubiera poquísimas posibilidades de que cualquiera de sus víctimas fuese hallada, y mucho menos identificada. Sabía encriptar y descifrar mensajes, qué venenos actuaban con mayor efectividad y no dejaban rastros. Musa sabía seguir a un hombre en medio de una multitud y por callejones prácticamente desiertos sin revelar jamás su presencia.

También le habían enseñado a detectar cuándo le seguían a él. Un momento antes, cuando se detuvo en el puesto del panadero, saliendo del Foro, cuando no parecía a ojos de todos sino otro cliente más que se limitaba a contemplar las hileras de pequeñas hogazas y pasteles que cubrían el puesto, había visto a aquel hombre: delgado, con el pelo oscuro, con una túnica sencilla de color marrón. También él se había detenido en un pequeño puesto de fruta a unos quince pasos por detrás, cogiendo una pera con indiferencia, como para examinarla.

Musa siguió manteniéndolo a la vista, por el rabillo del ojo, fijándose en todos los detalles de su aspecto cuidadosamente anónimo. Al cabo de un rato recordó que lo había visto en la calle, saliendo de la casa a la que le había enviado su amo aquella misma mañana, para transmitir un mensaje. Uno demasiado importante para confiarlo al papel, y que había tenido que memorizar antes de salir. Su perseguidor formaba parte entonces de un grupo de hombres agachados en torno a una partida de dados, y luego se levantó, se enderezó y se fue andando despreocupadamente por la calle en la misma dirección que Musa, abriéndose paso a través de la multitud. Se había fijado en aquel detalle y en ese mismo momento lo había dejado pasar, pero ya no, porque la coincidencia le parecía excesiva.

Sonrió para sí, serio. Bueno, parecía que el juego estaba en marcha... Sabía muchos trucos para desprenderse de su seguidor. Pero si éste era bueno, se daría cuenta de la mayoría de ellos al momento. Sin embargo, Musa tenía una ventaja que le daba las de ganar en el combate de ingenios que se avecinaba: había nacido en aquellas calles, se había criado en el arroyo, y durante gran parte



de su juventud fue un huérfano harapiento que vivía entre bandas callejeras. Conocía cada recoveco, cada rincón de las calles y callejones de la vasta ciudad que se extendía a través de las siete colinas y atestaba las corrientes rápidas del río Tíber.

Por los rasgos oscuros del hombre de la túnica marrón, Musa supuso que no era oriundo de la ciudad, sino que procedía de algún lugar del imperio oriental, o más allá todavía. No sería capaz de seguir a Musa a través del laberinto de apestosas y oscuras callejuelas de la Subura, el barrio bajo que se extendía más allá del Foro. Allí perdería a su perseguidor, y que los dioses ayudasen al hombre si se perdía intentando seguir a su presa. Los habitantes de la Subura eran una gente muy unida, capaces de oler a un extraño a millas de distancia, aunque sólo fuera porque no apestaba tanto como ellos. Sería presa fácil para la primera banda que decidiera caer sobre él.

Un atisbo de piedad cruzó por la mente de Musa, pero lo desterró al instante. No había lugar para los sentimientos. El amo de aquel hombre sin duda sería tan implacable como el suyo propio, y por tanto su perseguidor estaría igual de dispuesto a rebanarle la garganta a Musa simplemente porque se lo habían ordenado. La mano de Musa se deslizó hacia su cinturón y rozó con las yemas de los dedos suavemente el ligero bulto del cuchillo oculto bajo la amplia banda de cuero. Se sintió más tranquilo, dio un brusco giro apartándose del puesto del panadero y se dirigió a paso rápido hacia el arco que conducía fuera del Foro. No tuvo que echar ni un vistazo a su espalda para cerciorarse de que el hombre le seguía. Éste se volvió a mirar justo en el momento en que Musa empezó a moverse.

Mientras pasaba a través de la multitud, suscitando broncos comentarios y miradas asesinas por parte de algunos de los que rozaba al pasar, Musa notó que su corazón latía con mayor rapidez. Una extraña mezcla de emoción, temor y euforia le llenaba el estómago. Pasó bajo un arco en cuyo techo curvado resonaba el eco de las sandalias y los breves comentarios de los que caminaban por debajo con mayor claridad que el alboroto de la ciudad a ambos lados. Giró hacia la izquierda y atravesó casi al trote la parte abierta de un callejón que conducía hacia la Subura. A poca distancia por delante de él, un chico con una túnica sucia y unas sandalias muy gastadas, atadas con trapos, estaba agachado y apoyado contra una pared mugrienta, engalanada con burdos grafitos, mirando a la gente. Un ladrón, pensó Musa. Conocía bien a los de su calaña, y buscó en su bolsa una moneda de bronce.

—Chico, me viene siguiendo un hombre con una túnica marrón. Si viene por aquí, dile que me he ido por otro camino, por ese callejón de ahí. —Musa señaló hacia una empinada calleja que conducía en una dirección distinta. Lanzó la moneda al chico, que la atrapó en el aire y asintió. Entonces Musa entró en el callejón que conducía hacia la Subura. La siniestra calle era muy estrecha y con montones de basura acumulada a ambos lados. Por allí había muchísima menos gente, y echó a correr, dispuesto a poner distancia entre él y su perseguidor lo antes posible.

Con suerte le perdería en el arco. Si su oponente era bueno, sospecharía que Musa trataría de escapar de él en las serpenteantes callejuelas de la Subura e interrogaría también al chico que vigilaba a los que pasaban. Quizá creyera su mentira, pero, aunque no lo hiciera, la mera

duda retrasaría su persecución lo suficiente como para que el rastro se enfriara cuando llegase al distrito del suburbio. Musa corrió varios cientos de pasos más, girando a derecha e izquierda al entrar en edificios de pisos medio derruidos muy elevados, casi decididos a aplastar la pequeña rendija de cielo que corría irregularmente por encima de las oscuras callejas. Entonces aminoró el paso y respiró profundamente, arrugando la nariz con asco ante el desagradable olor a comida podrida, excrementos, orina y sudor que un tiempo atrás le había parecido de lo más normal.

Musa se preguntaba cómo había podido soportar el hedor que le rodeaba mientras iba creciendo. Desde entonces se había acostumbrado al mundo perfumado de los ricos y poderosos, aunque él solo viviera en la periferia, trabajando en las sombras. Aun así, recordaba aquellas estrechas calles lo bastante bien para saber exactamente dónde estaba y cómo podía abrirse camino por el suburbio antes de reemprender su camino hacia la casa en la colina del Quirinal donde le esperaba su amo. Allí, en la Subura, acechaban otros peligros, y Musa avanzó con mucha cautela, vigilando a cada hombre o grupo de hombres con los que se topaba por la calle, sopesando cualquier amenaza que pudieran suponer para él. Pero aparte de algunas miradas hostiles, lo dejaron en paz, y finalmente llegó a la pequeña plaza en el corazón de la Subura donde una gran fuente suministraba agua a los habitantes por un ramal que procedía del acueducto Juliano.

Como de costumbre, la plaza estaba atestada de mujeres y niños cargados con pesadas jarras, enviados a recoger agua por sus familias. Muchos habían dejado de cotillear. Entre ellos se encontraban grupitos de jóvenes y de

hombres que compartían odres de vino mientras hablaban o jugaban a los dados. Musa llevaba una túnica negra sencilla y, aparte del corte pulido de su cabello y su barba, no se diferenciaba de los demás. Notó que parte de la tensión se desprendía de su cuerpo y se acercó a la fuente. Se agachó por encima del borde de piedra y metió ambas manos huecas en el agua; bebió lo suficiente para saciar la sed que le había acuciado después de eludir a su perseguidor. Luego se echó un poco de agua en la cara, se enderezó y estiró los hombros con la sensación de satisfacción que suponía ver que sus habilidades le habían sido útiles una vez más.

Se dio la vuelta, apartándose de la fuente. Entonces se quedó helado.

El hombre de la túnica marrón estaba de pie a no más de quince metros de él, detrás de la gente que se agrupaba en torno a la fuente. Ya no intentaba pasar inadvertido, sino que miró a Musa directamente y sonrió. La expresión del rostro de aquel hombre le heló la sangre a Musa, mientras un montón de preguntas asaltaban su mente. ¿Cómo era posible? ¿Cómo le había seguido el hombre? ¿Cómo sabía dónde encontrarlo? Quizá sí fuese nativo de la ciudad, después de todo. Musa se maldijo por haber subestimado tanto a su oponente.

Una vez más deslizó la mano hacia el cinturón, buscando la tranquilidad de su arma, ahora que había algo más en juego. Ya no se trataba de escapar de aquel hombre. Ahora era muy probable que hubiese una confrontación, una perspectiva mucho más peligrosa. Musa sabía que había un callejón que llevaba desde la plaza directamente hasta la calle que subía a la colina del Quirinal, y empezó a dirigirse hacia allí, preparándose por si tenía

que echar a correr repentinamente. Si no había tenido la astucia suficiente para escapar de su perseguidor, sencillamente tendría que correr más que él.

El hombre se mantuvo a su mismo nivel mientras salían de la multitud y, entonces, cuando las intenciones de Musa resultaron obvias, sonrió de nuevo y le hizo señas con un dedo. Por primera vez Musa notó una sensación de temor, un escalofrío que se le anudó en la nuca. El hombre señaló hacia el callejón y Musa miró al otro lado de la plaza, de donde vio emerger de las sombras a dos figuras robustas que interceptaron su camino.

—Joder... —murmuró para sí. Tres. Quizá más. No podía salir de aquella trampa luchando. Todo dependía ahora de su velocidad. Retrocedió hasta la multitud, donde confiaba encontrarse más a salvo de momento, y miró la plaza en torno. Había otras cuatro rutas abiertas ante él. Eligió un callejón justo enfrente de los dos hombres, alejado del primero. Recordó que corría paralelo a la calle que conducía al Quirinal. Si lo seguía el trozo suficiente, podía correr hacia la seguridad de la casa de su amo. Musa se preparó, aspiró una bocanada de aire con fuerza, y luego echó a correr, apartando a la gente de su camino a empujones. Detrás de él resonaron las airadas maldiciones de aquellos a los que había empujado, pero no les prestó atención. Surgió de entre la multitud y corrió por las mugrientas losas de piedra hacia la abertura del callejón. Oyó un grito por encima del ruido que dejaba atrás.

—¡Corred! ¡Corred tras él!

Musa alcanzó la entrada del callejón y se sumergió en la oscuridad. Durante un momento, el contraste con la luz radiante de la plaza le dificultó ver el camino, pero siguió corriendo de todos modos, confiando en no trope-

zar ni chocar con nadie y que sus botas no perdieran agarre en aquellas piedras del pavimento llenas de suciedad incrustada. Luego sus ojos empezaron a acostumbrarse y fue captando los detalles que tenía ante él. Los pequeños portales en forma de arco, las entradas a diminutos negocios que luchaban para sobrevivir con los beneficios que les quedaban después de que las bandas de la Subura les hubieran arrebatado su parte. Un puñado de mujeres y hombres demacrados, envueltos en trapos, le tendían la mano y murmuraban pidiendo comida o dinero, pero él los sorteaba, mientras el ruido que hacían sus perseguidores llegaba hasta él por el callejón. Musa rechinó los dientes y redobló sus esfuerzos, con una sensación de creciente desesperación.

Cincuenta pasos por delante, un intenso rayo de luz penetró en la oscuridad. El sol inundaba la calle más ancha, que conducía hacia el Quirinal, y Musa sintió un pequeño atisbo de esperanza en el corazón. Si podía mantener la ventaja que llevaba a los hombres durante unos cuatrocientos metros más, llegaría sano y salvo. Se acercaba ya al cruce y vio con alivio el resplandor radiante de la luz del sol que perforaba el mundo oscuro de los suburbios. Sólo estaba a diez pasos de la esquina cuando notó un golpe agudo en la espinilla que le hizo volar por los aires. Tendió las manos y aterrizó pesadamente en el estrecho canal que corría por el centro del callejón, lleno de asquerosos charcos de desperdicios. El impacto le había vaciado el aire de los pulmones y durante un momento Musa yació allí, jadeando, intentando respirar, notando que las costillas le ardían de dolor. Comprendió que debía moverse y se esforzó por ponerse de rodillas. El retumbar de las botas al correr llenaba el aire, y buscó

su cuchillo mientras luchaba por ponerse en pie e intentaba respirar. Sacó la hoja y empezó a volverse, decidido a enfrentarse a su enemigo.

Pero, por el contrario, recibió el impacto de una bota que le dio en la mano, y el cuchillo cayó de sus dedos entumecidos. Otra bota le golpeó en el costado, derribándolo en el suelo y extrayendo de sus pulmones, con un gruñido angustioso, el poco aire que le quedaba. Musa quedó estirado en el suelo, doblado en dos, con la boca abierta, luchando por respirar mientras miraba hacia arriba. Allí estaba el hombre de la túnica marrón con uno de sus matones a cada lado, medio agachados, con los puños apretados. Musa no sabía qué era lo que le había hecho caer, y la mirada de dolorida confusión que se pintaba en su rostro hizo sonreír al hombre.

–Mala suerte, Musa, viejo. Te has esforzado mucho. Pero ya se ha acabado, ¿no? –Levantó la vista, miró por encima del hombro de Musa y sonrió–. Buen trabajo, Petulo. Puedes acercarte, chico.

Una sombra se separó de un portal hacia un lado de la calle y se desplazó hasta la luz, y Musa vio a un pilluelo andrajoso que llevaba en la mano un trozo de madera. Lo reconoció de inmediato. El chico al que había dado una moneda para que dirigiera mal a su perseguidor. Formaba parte de la persecución desde el principio. Y no sólo eso, sino que Musa se daba cuenta ahora de que le habían dirigido hacia aquel callejón en concreto, donde el chico le estaba esperando. Era una trampa muy bien montada. Tan buena como cualquiera que hubiera podido preparar él mismo. Mejor incluso. Meneó la cabeza y se dio la vuelta de espaldas.

–Cogedlo, chicos.

Unas manos rudas agarraron a Musa y lo levantaron. Una mano le agarró la barbilla y la levantó con cru-  
deza. Vio al hombre de la túnica marrón que estaba de  
pie frente a él.

–Alguien quiere tener unas palabritas contigo, Musa.

Musa le devolvió la mirada, con los dientes apretados.  
De repente, sin previo aviso, escupió al hombre en la cara.

–Que te jodan –dijo–. ¡Y que se joda también el grie-  
go de mierda para el que trabajas!

Un breve destello de ira apareció en la cara del hom-  
bre, y luego sonrió fríamente.

–La misma mierda de la que está hecho tu amo, ami-  
go mío.

Entonces hizo una seña y un trozo de saco oscuro  
cayó encima de la cabeza de Musa. Olió a olivas breve-  
mente y después notó una explosión blanca de luz y do-  
lor agudo. Luego todo se volvió oscuro.



## CAPÍTULO II

–Ha sido un golpe feo. –Una voz penetró en su mente aturdida–. Espero que no le hayas roto los sesos a este hijo de puta.

Musa gimió y movió la cabeza a un lado. Abrió los ojos un poco y vio que estaba en una celda de piedra, iluminada por el pálido resplandor amarillo de las lámparas de aceite. La cabeza le resonaba con fuerza, y el leve movimiento le provocó una oleada de náuseas que le subieron desde el estómago. Por lo que notó al tocar con los dedos, estaba echado de espalda sobre una mesa de madera. Intentó mover una mano, pero le respondió el tirón de las ataduras. Pasaba lo mismo con la otra mano y con los pies, así que se quedó quieto, fingiendo que estaba todavía medio inconsciente mientras luchaba por pensar con coherencia a pesar del dolor terrible que le perforaba la cabeza. También le dolía mucho la espinilla, y se acordó del chico, con una sensación de traición mezclada con desdén hacia sí mismo por haberse dejado engañar de aquella manera.

–Sólo un golpecito en la cabeza, no le hemos hecho nada más –gruñó una voz, y Musa reconoció que pertenecía al hombre que dirigía la partida que le había atrapado–. Estará como nuevo cuando vuelva en sí.

–Se está moviendo. Musa está despierto.

Musa oyó pasos que se acercaban, y un par de manos cogieron el borde de su túnica por el cuello y dieron un tirón.

–Abre los ojos, Musa. Ha llegado el momento de hablar.

Haciendo un esfuerzo consiguió no responder y seguir haciéndose el muerto. El hombre le volvió a sacudir, y luego le dio una palmada en la cabeza.

Musa parpadeó, abrió los ojos y los guiñó un poco. Vio que el hombre que se inclinaba hacia él asentía con un gesto, satisfecho.

–Está bien.

–Entonces no perdamos más tiempo. Ve a buscar a Anco.

–Sí, jefe. –El hombre se fue y Musa oyó pasos otra vez, y luego una puerta que se abría y el sonido de unas sandalias que subían unos escalones. Volvió la cabeza y vio toda la extensión del recinto por primera vez. Era una cámara de techo bajo, por debajo del nivel del suelo, supuso, por la humedad que notaba en el aire, la falta de luz natural y el silencio. Dos soportes para lámparas colgaban del techo, cada uno con dos lámparas de aceite de latón que proporcionaban una débil iluminación. Junto con la mesa parecía que sólo había otra pieza de mobiliario: un pequeño banco sobre el cual se encontraba dispuesto un juego de herramientas que brillaban a la luz de las lámparas. Al lado de la mesa, con la cabeza escondida en las sombras, de pie, un hombre delgado con una túnica blanca limpia y botas de piel de ternera que le llegaban hasta la mitad de las espinillas. El hombre permaneció allí silencioso un momento y luego ha-

bló con una voz suave y seca, demasiado baja para que Musa la pudiera identificar:

–Antes de que se te ocurra siquiera, debería decir que por mucho que grites no te oiría ni un alma fuera de esta sala. Estamos en la bodega de una casa franca.

Musa notó que el miedo le recorría la espina dorsal. Sólo había un motivo por el cual alguien pudiera querer acceder a un lugar semejante. Echó de nuevo una mirada al banco y comprendió para qué eran las herramientas.

–Bien –continuó el hombre–. Te has dado cuenta de lo que te espera. No insultaré tu innegable inteligencia diciendo que, al final, nos vas a contar lo que queremos saber. Si tu amo te ha entrenado tan bien como yo he entrenado a mis hombres, supongo que representarás un desafío. Debo advertirte de que no hay hombre mejor que Anco en este terreno. Con el tiempo suficiente, es capaz de hacer hablar hasta a una piedra. Y tú, Musa, no eres ninguna piedra. Sólo un ser hecho de carne y sangre. Un ser débil. Tienes vulnerabilidades, como todo hombre. Anco las descubrirá. Tan seguro como que el día sigue a la noche, nos dirás lo que queremos saber. Lo único que importa aquí es cuánto rato podrás aguantar. Tenemos todo el tiempo del mundo para averiguarlo; o bien podrías hablar ahora mismo y ahorrarnos a todos esta desagradable experiencia.

Musa abrió la boca una fracción de segundo para maldecir al hombre, pero luego volvió a cerrarla y apretó los labios de nuevo. Una de las primeras cosas que le habían enseñado acerca de situaciones como aquélla era que resultaba vital no pronunciar ni una sola palabra. En el momento en que hablabas, abrías la puerta a más conversaciones y, aparte del peligro de ir dejando escapar

pequeños fragmentos de información, proporcionaba al interrogador la oportunidad de establecer una relación y una forma de abrirse camino hasta tus pensamientos, aprovechando así tus debilidades. Era mejor no decir nada en absoluto.

–Ya veo –dijo el hombre–. Entonces debemos proceder.

El único sonido que rompía el tenso silencio que se había hecho entre ellos era la gota de agua constante que caía al fondo de la cámara. Mientras tanto, aquel hombre no se movió, sino que permaneció de pie, callado, con el rostro oculto. Al cabo de poco, Musa oyó el ruido distante de pasos que se acercaban, y luego el roce de sandalias en los escalones exteriores. Se abrió la puerta y entraron dos hombres, a uno de los cuales lo conocía ya, el otro achaparrado, muy robusto, con el pelo muy corto y cicatrices en la cara. Al principio Musa pensó que quizás hubiera sido un gladiador, pero luego vio la marca de Mitra en la frente del hombre y comprendió que era un soldado.

–Es todo tuyo, Anco –dijo el hombre en la sombra.

Anco se dio un golpecito en la nariz y miró a Musa.

–¿Qué quieres de él, amo?

–Quiero saber por qué visitaba la casa de Vespasiano. Y también quiero saber qué designios tiene nuestro buen amigo Palas para la campaña de Britania. Quiero los nombres de todos los agentes que pueda tener Palas en esa provincia y cuáles son sus órdenes concretas.

Anco asintió.

–¿Algo más?

–Eso bastará, por ahora.

Anco asintió, se acercó a la mesa y se inclinó hacia Musa.

–Supongo que ya conoces el protocolo. A mí me gusta seguir a rajatabla los procedimientos, así que empezaremos con los horrores, ¿eh?

Cruzó hasta el banco y examinó las herramientas de su oficio, seleccionó unas cuantas y volvió a la mesa, donde las colocó cerca de Musa.

–Vamos allá. He pensado que podríamos empezar con los pies y seguir hacia arriba. –Cogió un par de tenazas de hierro y le guiñó un ojo–. Para los dedos de los pies. Después, te arrancaré la piel hasta los tobillos. –Tomó un bisturí y un par de delgados ganchos para la carne–. Luego te romperé las piernas y las rodillas con esto. –Le enseñó a Musa una barra de hierro–. Si eso no te suelta la lengua, entonces seguiré con la polla y los huevos, amigo mío. Te lo aseguro, querrás hablar antes de que llegue ahí.

Musa se esforzó por controlar su expresión y seguir pareciendo impasible. Una gota de sudor surgió del nacimiento del pelo y corrió por su frente. El interrogador levantó un dedo gordezuelo y limpió delicadamente la gota de la piel de Musa.

–No eres tan valiente como quieres hacernos creer, ¿eh? –Soltó una risita y se lamió la gota de sudor del dedo. Tomó las tenazas y se dirigió hacia los pies de Musa. Musa apretó los dientes y tensó todos los músculos de su cuerpo, luchando por controlar su terror ante lo que se avecinaba. Una mano le agarró del pie y lo sujetó con fuerza. Se retorció, moviendo el pie violentamente todo lo que pudo a un lado y luego al otro, intentando soltar la presa.

–Eh, Séptimo, échame una mano. Sujeta a éste.

El hombre de la túnica marrón se adelantó y agarró el pie de Musa, y consiguió inmovilizarlo. Musa notó que el metal rodeaba su dedo pulgar, apretando la carne

y el hueso. Anco cogió aliento con fuerza y apretó los mangos de las tenazas. Sonó un crujido intenso entre los gruñidos de Séptimo, y la cara de Musa se retorció con una expresión de sufrimiento.

–Cuando esté dispuesto a hablar, házmelo saber –dijo el hombre de las sombras–. Estaré arriba.

Salió del hueco donde estaba y Musa parpadeó, intentando apartar las lágrimas de sus ojos para ver mejor al hombre, y notó que el corazón le daba un vuelco al ver los rasgos esbeltos y oscuros del secretario imperial del emperador Claudio. Era Narciso, que hasta el momento ostentaba el auténtico poder escondido detrás del trono, pero ahora se veía amenazado por su rival, Palas. Este último era el amo de Musa. Se proponía eliminar a Narciso en cuanto el emperador muriese y el poder pasara a su hijo adoptivo, Nerón. Palas ya había conseguido meterse en la cama de la madre de Nerón. Sólo era cuestión de tiempo que llegase a controlar a Agripina tan completamente como en tiempos Narciso había controlado a Claudio. Aquellos hombres eran los rivales más acerbos, como sabía Musa, y eso significaba que no le ahorrarían ningún tormento hasta que le dijera a Narciso lo que éste quería oír. Notó que la tenaza se movía hasta el dedo siguiente, y vio que Narciso volvía la vista con una mirada de asco al abandonar la cámara, mientras los huesos del segundo dedo del pie se rompían entre las mandíbulas de hierro de las tenazas de Anco.

\* \* \*

El sol se había puesto ya cuando Séptimo subió las escaleras para buscar a su amo. Se limpiaba las manos en una tira

de la túnica de Musa al entrar en la pequeña cocina que se encontraba encima de la cámara. Narciso estaba solo, sentado en un sencillo taburete junto a una mesa, con una bandeja vacía y un vaso de barro junto a él, que contenían los restos de la comida que había mandado comprar en un mercado cercano cuando los gritos que procedían del piso de abajo se volvieron demasiado irritantes.

—Ya está dispuesto a hablar.

—Ya era hora, ¿no? Empezaba a perder la fe en Anco.

—No era necesario, padre. Lo ha hecho muy bien. La verdad es que Musa es un hombre duro, cuesta doblegarlo.

Narciso asintió.

—Muy bien. Si podemos convertirlo, entonces nos resultará muy útil a su debido tiempo.

—¿Y si no?

—Pues será otra baja del conflicto entre ese hijo de puta y yo, Palas. Esperemos poder persuadir a Musa de que elija el bando correcto. Vamos.

Narciso acompañó a su hijo hacia abajo, al sistema de celdas escondido bajo la casa franca, y bajaron los escalones hasta la cámara donde Anco esperaba con su víctima. Narciso apartó la mirada del desastre ensangrentado que eran las piernas de Musa, y exclamó:

—¡Tapadlo!

Anco frunció el ceño, pero obedeció. Buscó los desgarrados restos de la túnica de Musa y la colocó lo mejor que pudo por encima de las piernas del hombre. Cuando hubo terminado, Narciso se acercó a la mesa, intentando no mirar la sangre que la cubría y goteaba hacia el suelo, ni tampoco los trozos de carne y tiras de piel. Luchaba por contener su frustración. Musa se encontraba en un estado lamentable: miraba el techo con los ojos muy abiertos,

mientras su cuerpo temblaba. No se le podía salvar. Era inútil pensar en cambiarlo de bando. Musa murmuraba una oración cuando Narciso se inclinó hacia él.

–Me dicen que estás dispuesto a hablar.

Musa simuló no verlo. Narciso se inclinó un poco más, cogió la mandíbula del hombre con suavidad y le volvió la cara para mirarle a los ojos.

–Musa, quiero las respuestas a mis preguntas. ¿Estás dispuesto?

El hombre lo miró con los ojos vacuos; luego lo reconoció y luchó por concentrarse, y al final asintió.

–Sí –contestó tragando saliva.

Narciso sonrió.

–Así está mejor. Bueno, veamos: esta mañana has salido del palacio con las primeras luces para visitar una casa en el Aventino.

–¿Ha sido... esta mañana?

–Sí –respondió Narciso con paciencia–. Te siguió Séptimo, aquí presente, que consiguió no perderte de vista. Esta vez –miró a su hijo y agente, y a Séptimo le dio por fingir que se violentaba–, aunque tomaste las precauciones habituales, cambiando de paso, dando vueltas y demás, Séptimo consiguió seguirte y te vio entrar en la casa del senador Vespasiano. Bueno, yo sé que el buen senador ha pasado los últimos meses en su villa de Estabia. Corren rumores de que entre él y su mujer las cosas no van muy bien, por desgracia. Así que supongo que el motivo de tu visita era ver a su esposa Flavia, ¿verdad?

Musa lo miró un momento en silencio y asintió.

–Entonces, por favor, dime que no es porque hubieras seguido el ejemplo de tu amo y decidieras follarte a alguien que está muy por encima de tu posición social.



Anco soltó una risita que el secretario imperial cortó rápidamente con una mirada severa; entonces se quedó callado y se concentró en la limpieza de sus instrumentos en un cuenco lleno de agua manchada. Narciso volvió a poner su atención de nuevo al hombre que yacía encima de la mesa.

–Entonces, ¿qué negocios tenías con Flavia?

–Un... mensaje de Palas.

–Ya, ¿y cuál era ese mensaje?

–Mi amo le pide su apoyo... cuando Nerón suba al trono.

–«Si» sube al trono, más que «cuando suba», amigo mío. Tu amo se engaña si cree que puede contar con el apoyo de Flavia y su círculo de asociados. Contrariamente a la cara que muestra tan cuidadosamente ante el público, esa mujer es una republicana ferviente. Antes devoraría a sus propios hijos que apoyar a tu amo, esa serpiente intrigante. La encantadora Flavia ha sido de lo más útil sacando a traidores de la sombra para que se unieran a su conspiración contra el emperador, sin sospechar nunca que yo vigilo todos sus movimientos. –Hizo una pausa y se acarició la mejilla–. Dime, ¿qué prometió Palas a Flavia, a cambio de su apoyo?

–Un ascenso... para su marido. Cuando Nerón llegue... al poder.

–El emperador poeta y el soldado profesional. Dudo que se limiten a cotillear. Además, parece que Vespasiano ha hecho ya su propia fortuna en este mundo. Un hombre admirable en muchos aspectos, pero también en él se puede ver algo más que mera ambición. Habrá que vigilarlo, y tengo al agente adecuado para ese trabajo. No ha nacido hombre que pueda resistirse a los

encantos de la joven Cenis. Mi querido Musa, temo que tu visita a la casa de Vespasiano haya sido una pérdida de tiempo. Tu amo, Palas, te ha puesto en grave peligro para nada. Te ha causado este tormento por poco más que un capricho especulativo. De todo lo que has soportado hoy puedes echarle la culpa a él. A su mal juicio. Lo comprendes, ¿verdad?

Narciso escrutó la expresión de Musa, buscando alguna señal de la duda que estaba intentando sembrar en él. El asunto con Flavia no era más que una estratagema, la grieta en la armadura del oponente que quería abrir del todo para revelar los secretos que realmente perseguía.

La expresión de Musa se contrajo de repente y apretó los dientes, luchando para contener una nueva oleada de dolor. El secretario imperial lo comprendió, y esperó pacientemente a que remitiera el dolor antes de presionarlo de nuevo.

–Musa, Palas te está utilizando. Él te ve como poco más que una herramienta sin valor que se puede descartar a cambio de la posibilidad de asegurarse la buena voluntad de Flavia. Piensa en todo esto. La poca consideración que tiene por ti. Eres un buen hombre, eso lo veo. Tan habilidoso como el mejor de mis agentes. Habrá un lugar para ti a mi lado cuando te recuperes, te lo juro. Sírveme, y serás tratado con respeto y bien recompensado –acarió la mejilla de Musa con su mano–. ¿Me comprendes?

Musa lo miró, y una lágrima rodó por el rabillo de uno de sus ojos. Tragó saliva y asintió débilmente.

–Bien –dijo Narciso, tranquilizador–. Me alegro mucho de que seas sensato. Me duele mucho ver lo que te han hecho. Después de que hablemos, haré que te trasladen a una cómoda habitación en mi casa, y allí te cura-

rán las heridas. Cuando te hayas recuperado del todo, hablaremos de encontrarte un puesto en mi organización.

Musa cerró los ojos y asintió débilmente.

–Hay otra cosa, antes de que nos vayamos –continuó Narciso–. Tengo que saber qué es lo que busca Palas en Britania. ¿Ha hablado de sus planes para la nueva provincia?

–Sí...

–Creo que deberías contármelo –intentó convencerle amablemente Narciso–. Si vas a trabajar para mí, no debe haber secretos entre nosotros, amigo mío. Dime.

Musa se quedó callado un momento, esforzándose por contener su dolor. No abrió los ojos, y respiraba con jadeos cortos, manteniendo el cuerpo lo más quieto posible para evitar que el dolor aumentase.

–Palas quiere que la campaña fracase... quiere que Roma se retire de Britania –murmuró después.

–¿Por qué? –intervino Séptimo.

–¡Ssssh! –le hizo callar Narciso–. Apártate y cierra la boca –se volvió a Musa–. Continúa, amigo mío. ¿Por qué quiere Palas que abandonemos la isla?

–Quiere debilitar el poder de Claudio... Si las legiones se retiran, el emperador quedará en evidencia, así como también su hijo legítimo, Británico.

–Y eso también me perjudicará a mí, claro...

–Sí.

Narciso sonrió. Ése era el verdadero motivo del plan de Palas. Tenía poco que ver con el emperador, que era viejo y moriría al cabo de pocos años, o incluso meses, en cualquier caso. Tenía que ver con eliminar a cualquier rival de la posición de consejero cercano del emperador para cuando Nerón ocupase el trono. Como Narciso había apo-

yado la invasión y había trabajado muy duro para ganarse a los senadores que albergaban dudas sobre la conquista de Britania, una retirada de la isla destruiría su reputación e influencia en la corte imperial. También perjudicaría al príncipe Británico, quien había recibido ese nombre precisamente por la conquista de la isla. ¿Quién apoyaría la causa de un emperador que ha recibido el nombre por una isla que consiguió desafiar la voluntad de Roma?

Narciso aspiró aire con fuerza y luego siguió con su interrogatorio.

–¿Cómo se propone Palas conseguir ese objetivo?

–Ha enviado a un agente... para que conspire con Carataco...; y a un noble poderoso de las tribus del norte... Si Carataco puede unirlos..., entonces nuestras legiones no ganarán... La provincia caerá.

–¿Cuál es el nombre del agente? ¿Cómo se llama? Habla.

Musa negó con la cabeza e hizo un gesto de dolor.

–No lo sé. Palas no me lo ha dicho.

Narciso siseó y se incorporó, exasperado.

–Hay más... Algo más que deberías saber –murmuró Musa.

–¿El qué?

–El agente tiene otro objetivo...: eliminar a dos de tus hombres.

–¿De mis hombres? –Narciso arqueó una ceja-. Yo no tengo agentes en Britania.

–Palas cree lo contrario... Quiere matar a dos oficiales que sabe que están vinculados contigo.

–¿A quiénes?

Musa se esforzó por concentrarse antes de hablar de nuevo.

–Quinto Licinio Cato... y Lucio Cornelio Macro.

–¿Esos dos? –Narciso no pudo reprimir una risita–. No trabajan para mí. Ya no. Palas pierde el tiempo si cree que su muerte me hará algún daño. Además, compadezco a cualquiera que decida cruzar la espada con ellos. ¿Y eso es todo? ¿No tienes nada más que decirme?

Musa se humedeció los labios y negó ligeramente con la cabeza.

–No, eso es todo.

–Lo has hecho muy bien, amigo mío –Narciso le dio unas palmaditas en la mano–. Gracias. Ahora es hora de descansar. Debes recuperarte.

Las comisuras de los labios de Musa se curvaron en una breve sonrisa de alivio y su cuerpo se relajó. Narciso le soltó la mano y se apartó, dirigiéndose hacia la puerta, e hizo gestos a Séptimo de que se uniera a él.

–Bueno, ahora ya lo sabemos...

–¿Y qué vas a hacer? –le preguntó su hijo, en voz baja–. Tenemos que advertir al general Ostorio.

–Creo que no. Es mejor que no sepa nada. Este asunto hay que llevarlo con mucha discreción. Tenemos que enviar a un hombre nuestro tras el agente de Palas. Seguirlo y acabar con su plan. Al mismo tiempo, podemos advertir a Cato y Macro –esbozó una sonrisa–. Tengo la impresión de que no se alegrarán demasiado de tener noticias mías, pero, en justicia, deberíamos avisarlos. Además, puede que necesitemos sus servicios de nuevo, en algún momento... Ya lo veremos.

Séptimo se encogió de hombros y luego preguntó:

–¿A quién enviarás?

Narciso se volvió hacia él y miró a su agente de arriba abajo.

–Te sugiero que te compres ropa abrigada, hijo mío. Por lo que he oído, el clima en Britania es inclemente la mayor parte de las veces.

–¿Yo? No puedes hablar en serio...

–¿En quién más podría confiar? –Narciso habló de prisa, con tono urgente–. Estoy intentando aferrarme con uñas y dientes a mi puesto al lado del emperador. No soy ningún idiota, hijo mío. Sé que algunos de mis agentes ya se han pasado al lado de Palas, y que otros están pensando en hacerlo. Tú eres el mejor de mis hombres, y el único en quien puedo confiar totalmente, aunque sólo sea porque eres mi hijo. Tienes que ir tú. Si pudiera enviar a alguna otra persona, lo haría, créeme. ¿Lo comprendes? –Miró fijamente a los ojos a Séptimo, casi suplicante, y el joven asintió, aunque de mala gana.

–Sí, padre.

Narciso le apretó el hombro con afecto.

–Bien. Ahora tenemos que volver a palacio. El emperador espera verme a la hora de comer. Hazte cargo de todo esto. Que limpien bien este lugar y paga a Anco.

Séptimo señaló con el pulgar hacia la mesa.

–¿Y qué hacemos con él?

Narciso miró al destrozado agente de su enemigo.

–Ya no nos sirve para nada. Ni a nadie. Córtale el cuello, deja irreconocible la cara y echa su cuerpo al Tíber. Es probable que Palas ya se haya dado cuenta de su ausencia. Preferiría que Musa desapareciera. Eso incomodará mucho a ese cabrón vanidoso de Palas.

## CAPÍTULO III

*Britania, julio*

–Vaya, veo que ésta ha tenido mucho desgaste. –El sirio chasqueó la lengua mientras examinaba la coraza de Cato, pasando los dedos por las muescas y el óxido que se acumulaba en los surcos del recio diseño. Volvió del revés la coraza para examinarla–. Bueno, esto está mejor, como se debe esperar de uno de los oficiales más intrépidos del emperador. Las hazañas del prefecto Quinto Licinio Cato son legendarias.

Cato intercambió una mirada sardónica con su compañero, el centurión Macro, y luego respondió:

–Al menos entre los comerciantes de armaduras...

El sirio asintió con la cabeza con modestia y dejó la coraza. Entonces, se dio la vuelta y se enfrentó a Cato con expresión contrita.

–Tristemente, señor, creo que costaría más arreglar esta armadura que lo que vale. Por supuesto, me encantaría darte un precio justo, siempre que quisieras cambiarla por una armadura completamente nueva...

–¿Un precio justo? ¡No me digas! –Macro intervino. Cómodamente sentado, estiró las piernas y cruzó sus

gruesos brazos—. No le escuches, Cato. Estoy seguro de que puedo conseguir que uno de los chicos de la forja del armero la enderece a porrazos y le vuelva a dar buena forma por una parte del precio que este pillo te cobrará por cambiarla.

—Por supuesto que puedes, noble centurión —respondió el sirio, conciliador—. Pero cada uno de esos porrazos, como tú dices, que se aseste a esta coraza debilitará el conjunto. Hará que la armadura se vuelva quebradiza en algunos sitios. —Se volvió a Cato con una mirada solícita—: Mi querido señor, no podría dormir tranquilo sabiendo que vas a la guerra contra los salvajes de estas tierras con una armadura que podría poner en peligro tu vida, despojando así a Roma de los servicios de uno de sus oficiales más cumplidos.

Macro soltó una cínica carcajada desde el otro lado de la tienda.

—No dejes que este granuja te convenza. La armadura no está tan mal, con un poco de trabajo se puede arreglar. A lo mejor no tiene un aspecto tan bonito en los desfiles, pero para hacer su trabajo sí que servirá.

Cato asintió, pero al coger la coraza que estaba en la mesa vio que era obvio que había visto mejores tiempos. La había comprado, junto con el resto de su armadura y armas, en los almacenes de la guarnición de Londinio, al volver a Britania, aquel mismo año. Fue una compra precipitada, barata; el intendente le había explicado que sólo había tenido un propietario anterior, muy cuidadoso, un tribuno de la Legión Novena, que sólo había llevado la armadura para ocasiones ceremoniales, prefiriendo vestir una cota de malla cuando estaba de servicio. Hasta que la laca y el pulimento que la cubrían empezaron a desgastar-



se no resultó evidente la mentira. Como había comentado Macro, era más que probable que aquella coraza estuviese de servicio ya en tiempos de Julio César.

Cato aspiró aire con fuerza llegando a una decisión.

—¿Cuánto valdría?

Una ligera sonrisa pasó por los labios del comerciante, que juntó las manos como si estuviera calculando el monto.

—Creo que sería mejor considerar con qué quieres sustituir la armadura antes de ponernos de acuerdo en un precio, noble señor.

Se volvió hacia el baúl que habían traído sus esclavos a la tienda del prefecto. Con un diestro movimiento de muñeca abrió los cierres y levantó la tapa. En el interior se encontraban unos cuantos envoltorios de lana gruesa. El comerciante levantó unos faldones de tela, seleccionó dos de los envoltorios y los puso encima de la mesa, junto a la coraza de Cato. Luego desenvolvió las telas y descubrió una cota de malla y una coraza resplandeciente de escamas de pescado. Apartándose para que su cliente pudiera admirar las piezas, las señaló con la mano.

—Señor, te traigo la mejor armadura que se puede comprar en cualquier lugar del imperio, y al precio más razonable que podrás encontrar. En eso tienes la palabra de Ciro de Palmira. —Y se llevó la mano al corazón.

Macro asintió.

—Ya estoy tranquilo, pues. Parece que vas a encontrar un verdadero chollo aquí, Cato.

El comerciante ignoró la sorna evidente de las palabras de Macro e hizo señas al prefecto de que se acercara a la mesa. Cato se quedó mirando los conjuntos de arma-

dura durante un momento y luego cogió una esquina de la cota de malla, sopesándola.

–Más ligera de lo que pensabas, ¿verdad? –El comerciante pasó los dedos por los eslabones de metal–. La mayoría están hechas de hierro barato, pero ésta no. La ha fabricado un primo mío, Patolomo de Damasco. Estoy seguro de que habrás oído hablar de su trabajo...

–¿Y quién no? –exclamó Macro, secamente.

–Mi primo ha perfeccionado un nuevo metal, con un mayor contenido de cobre, para que sea más ligero, sin sacrificar su integridad. ¿Por qué no la pruebas y lo ves por ti mismo, noble prefecto? No tienes obligación de comprar.

Cato pasó las yemas de los dedos por la armadura y luego asintió.

–Sí, ¿por qué no?

–Permíteme, señor. –El sirio levantó la cota de malla y con movimiento experto la fue recogiendo, sujetándola bien entre las manos al levantarla. Cato se agachó para pasar la cabeza a través de la abertura del cuello y luego escondió los pulgares para meter las manos en las cortas mangas. El comerciante fue bajando la malla y al final la sacudió un poco con la mano para alisar una imaginaria arruga; luego se apartó y cruzó las manos, poniéndoselas bajo la fina y puntiaguda barba–. Aunque sea sólo una humilde cota de malla, te queda como el mejor guante de piel de cabritillo, señor. Elegante... ¡Muy elegante!

Cato se dirigió hacia una pequeña mesa de campaña donde tenía el espejo, los cepillos, los estrígilos y el botecito de cerámica samaria que contenía el aceite perfumado que usaba para sus abluciones. Sujetando el pulido espejo de latón a la distancia del brazo, juzgó su aspecto.

La malla estaba rematada por un dibujo en forma aserrada y caía muy bien en su esbelto cuerpo. El metal era de un tono algo más ligero que la malla normal, y brillaba débilmente a la luz del día que entraba por los faldones abiertos de la tienda.

–Es cómoda, ¿verdad? –susurraba el sirio–. Puedes marchar con ella todo el día y combatir en alguna batalla al final y sólo estarías la mitad de cansado que llevando tu vieja coraza. Y tampoco te entorpece tanto los movimientos. Un guerrero necesita tener movimientos fluidos, ¿no? Esta armadura te dará la libertad de un Aquiles, noble señor.

Cato se dio la vuelta girando las caderas e intentó unos pocos movimientos con los brazos. Es cierto que aquélla era un poco menos incómoda que las cotas de malla que había llevado en el pasado. Se volvió a su amigo.

–¿Qué piensas?

Macro inclinó la cabeza ligeramente a un lado y miró a Cato de arriba abajo.

–Parece que te queda muy bien, amigo mío, pero lo que importa es lo bien que consiga mantener a raya las armas de tus enemigos. La malla es una buena protección para el mandoble de una espada, aunque un buen golpe puede romper los huesos que quedan debajo. El peligro real es la punta. Una jabalina decente o una flecha pueden perforar con facilidad la malla.

–No, esta cota no –intervino el comerciante, y cogió un pellizco de la malla–. ¿Puedo explicártelo, señor? Mira esto, los eslabones están remachados. Eso les presta una fuerza especial y mantendrá las puntas de tu bárbaro enemigo a raya. Tu sabio compañero, el formidable centurión Macro, seguramente sabe que una cota remachada

es mucho, muchísimo mejor, que esos anillos sueltos que están sólo enganchados o superpuestos. Además, como verás, los eslabones son mucho más pequeños, con lo cual resulta más difícil todavía perforar este soberbio ejemplo de la habilidad artesana de mi primo.

Cato inclinó la cabeza y miró la malla de su hombro. Era tal y como había dicho el comerciante: cada aro estaba sellado con un diminuto remache, un proceso que debía ser muy elaborado y que significaba que, seguramente, se había tardado mucho más en fabricar aquella cota de malla que las que llevaban la mayoría de los soldados de las legiones y las unidades auxiliares. Eso se reflejaría en el coste de la prenda, sin duda, reflexionó, mordiéndose el labio. Recientemente había recibido su primera paga desde que llegaron a Britania, cuatro meses antes. Habían pasado seis meses desde que fue nombrado oficialmente para el rango de prefecto, con un salario anual de veinte mil denarios. Había gastado cinco mil por adelantado para cubrir el modesto banquete de bodas que siguió a su matrimonio con Julia, y para pagar su equipo y su viaje para hacerse cargo de su mando. La dote que le entregó el padre de su mujer, el senador Sempronio, se la había dejado a Julia para comprar una pequeña casita en Roma, amueblarla y adquirir el personal necesario, de modo que le quedara lo suficiente en depósito como para vivir de sus intereses hasta que Cato regresara o enviara a buscarla. Mientras tanto, él había recibido el segundo pago trimestral de su salario y podía permitirse comprar un equipo nuevo.

Como carecía de los beneficios que proceden de una familia rica, igual que muchos hombres de su rango en el ejército, Cato era muy consciente de la sencillez de su pe-

queño guardarropa y su armadura. No le habían pasado por alto las altivas miradas de algunos de los demás oficiales cada vez que el general Ostorio convocaba a sus subordinados para que le dieran el informe diario en su tienda de mando. A pesar de su excelente expediente militar, resultaba evidente el desdén que transparentaban las voces de aquellos que valoraban más un linaje aristocrático que la habilidad y los logros demostrados. El propio general tampoco ocultaba su desaprobación por el comandante de cohorte auxiliar más joven de su ejército.

Y a eso se debía, Cato estaba seguro, la decisión del general de ponerle a cargo de vigilar los carromatos de intendencia del ejército. La escolta del equipaje comprendía a los supervivientes de la guarnición del fuerte de Bruccio, un ala de la caballería tracia, que formaba brigada con la cohorte de legionarios de Macro de la Decimocuarta Legión. Ambas unidades habían sufrido fuertes pérdidas durante el asedio del fuerte, y existían pocas oportunidades de que les asignaran otros deberes antes del final de la estación de campaña, momento en que el ejército se retiraría a los cuarteles de invierno. Hasta entonces, Cato, Macro y sus hombres irían caminando junto a los carros, carretas y seguidores de campo al final de la columna del general Ostorio, que avanzaba serpenteante por el corazón de las tierras montañosas de la tribu siluria.

Perseguían al comandante enemigo, Carataco, y a su ejército, compuesto de guerreros siluros y ordovicos, junto con pequeñas bandas de otras tribus que habían decidido continuar luchando contra los romanos. La intención del general era dar con Carataco y obligarle a presentar batalla. Cuando eso ocurriera, los nativos no serían rivales para los profesionales del ejército romano.

El enemigo acabaría aplastado, su líder muerto o capturado, y la nueva provincia de Britania podría finalmente considerarse pacificada, casi nueve años después de que las legiones de Claudio hubieran desembarcado por primera vez en la isla.

–¿Y bien, noble señor? –El sirio interrumpió sus pensamientos—. ¿Es de tu gusto la cota de malla?

–Sí, me queda bastante bien –concedió Cato—. ¿Y cuánto cuesta?

–Normalmente no pediría menos de tres mil sestericios por una pieza de equipo como ésta, señor... Pero, en vista de tu fama y del honor que me concedes al servirte, aceptaría dos mil ochocientos.

Era mucho más de lo que Cato había esperado. Más de la paga de tres años de un legionario. Sin embargo, su armadura ya no era adecuada para el combate, y sólo existían un puñado de comerciantes de armaduras entre los seguidores de campo. Al haber poca competencia, podían cargar los precios.

Macro se atragantó.

–¿Dos mil ochocientos? ¡Joder!

El comerciante levantó la mano, tranquilizador.

–Es la mejor cota de malla de la provincia, señor. Vale el modesto precio que te pido.

Macro se volvió a su amigo.

–No escuches a este hijo de puta codicioso. La malla no vale ni la mitad.

Cato carraspeó un poco.

–Ya negociaré yo, si no te importa, centurión.

Macro abrió la boca para protestar, pero su arraigado sentido de la disciplina venció y al final asintió brevemente.

–Como desees, señor.

Cato se quitó la cota de malla por la cabeza, con la ayuda del comerciante, y la dejó encima de la armadura de escamas.

–¿Y ésta?

–Ah, tu ojo exigente sin duda se ha fijado en esta pieza, que también es obra de mi primo. –Ciro cogió la armadura de escamas y la levantó bien para que su cliente la viera, y continuó–: Por el mismo modesto precio que la malla, esta pieza te dará una protección incluso mejor, señor, con el lustre añadido de la impresión que creará en el campo de batalla cuando tus enemigos queden deslumbrados por el brillo de su plateada magnificencia. –La luz se reflejaba en las pulidas escamas que le recordaban a Cato la piel de un pez recién pescado. Se imaginaba a sí mismo en combate, sobresaliendo entre la confusión, de tal modo que sus hombres podrían verle con toda claridad. Aquello significaría también un problema, porque sería visible igualmente para cualquier enemigo que quisiera abatir a un oficial romano. Pero Cato pensaba a su vez que le daría mucha prestancia cuando apareciese entre las filas de los oficiales de mayor rango.

–Ejem... –se aclaró la garganta Macro–. ¿Podría darte un consejo, señor?

Cato apartó los ojos de la coraza de escamas.

–¿Sí?

Macro se dirigió hacia el comerciante, que aún sostenía la coraza de escamas a la luz de sol, para exhibirla mejor. Levantando el borde, Macro dio con un dedo en el grueso jubón de cuero al cual se habían cosido las escamas.

–Éste es el problema. Una coraza de escamas es una pieza muy útil en un clima seco; como dice nuestro buen

amigo sirio, ofrece la mejor protección. Pero ¿qué ocurre cuando llueve, eh? El cuero se empapa de agua y añade el doble de peso a la coraza. Cuando te quieras dar cuenta, estarás agotado.

–Pero está llegando el verano –dijo Cato.

–Y eso significa que no lloverá, claro... –Macro negó con la cabeza–. Ya sabes cómo es el tiempo en esta condenada isla. Es más húmedo que el coño de una puta de Subura en los juegos.

Cato sonrió.

–Parece que has estado leyendo a Ovidio otra vez.

Macro negó con la cabeza.

–No hacen falta teorías cuando uno conoce la práctica. Igual que todo en la vida.

–Hablas como un verdadero soldado.

Macro inclinó la cabeza.

–Gracias.

Cato desvió la atención de nuevo a la armadura de escamas. Se sentía muy tentado de comprarla, en gran parte porque le prestaría un aspecto distinguido a ojos de todos aquellos oficiales que se burlaban de él. Y sin embargo, podía ser también la causa de un desdén aún mayor, según se temía. Su bonita armadura nueva sólo les serviría como excusa para reírse más aún del vulgar soldado que había conseguido ascender tanto por encima de su lugar en la vida. De mala gana, señaló la cota de malla.

–Me quedo con ésta.

El comerciante sonrió, envolvió la coraza de escamas en su manta y rápidamente la volvió a guardar en el baúl.

–Dos mil ochocientos entonces, mi querido prefecto.

–Dos mil quinientos.



Ciro adquirió una expresión dolorida y sus oscuras cejas se frunció brevemente.

–Vamos, señor, no bromees conmigo. Soy un comerciante honrado. Tengo una familia que alimentar y una tradición que mantener. No existe armadura que puedas comprar por ese precio que iguale la calidad del trabajo de mi primo. Señor, piénsatelo. Si aceptase tal precio, sería admitir que todo lo que le he asegurado sobre su calidad no es cierto. Y tú también lo sabrías entonces, mi querido señor. El hecho de que no la venda por menos de, digamos, dos mil setecientos, es prueba fehaciente de que creo en la calidad extraordinaria de mis artículos.

Cato endureció sus rasgos y adoptó una expresión implacable al responder:

–Dos mil seiscientos.

El sirio suspiró.

–Mi corazón se entristece mucho al ver que me tratas así... –hizo una pausa, como si estuviera sufriendo los tormentos de la indecisión, y luego continuó con un tono sufriente–: Sin embargo, no quiero que vayas a la batalla mal protegido, honrado prefecto. Por ese motivo, única y exclusivamente, aceptaré dos mil seiscientos setenta y cinco.

–Dos mil seiscientos cincuenta, y ni un sestercio más. El comerciante sonrió.

–Bien, trato hecho. Por ese precio, y por tu vieja armadura, que no tiene valor alguno, como ya habíamos decidido antes.

Cato negó con la cabeza.

–Sólo las monedas. Y quiero también una capa de hombro para la cota de malla y un cierre.

Ciro hizo una pausa y levantó la mano.

–Eres un duro negociador, prefecto. Te estás aprovechando de mí... pero acepto tu oferta.

Cato le tendió la mano y se llevó a cabo una mínima presión de carne contra carne. El comerciante se apartó y se inclinó sobre el baúl, del que sacó una pequeña capa de malla con unos eslabones hechos de un hierro más barato, pero también remachados, como observó Cato con alivio. Consideró si valía la pena insistir en que la capa hiciera juego con la cota de malla, pero luego decidió que no. Nunca se había sentido cómodo al regatear a la hora de comprar, y estaba ansioso por concluir el negocio con el comerciante.

Cruzó la tienda hacia el baúl reforzado con hierro que estaba debajo de su lecho de campaña, cogió la clave que llevaba colgada en torno al cuello y lo abrió. Le habían pagado en una mezcla de monedas de oro, plata y bronce; contó el pago y lo introdujo en una bolsa de cuero. Mientras tanto, el comerciante llamó a sus esclavos, que aparecieron rápidamente y se llevaron su baúl de la tienda. Habiendo contado las monedas y confirmado su valor, el comerciante hizo una profunda reverencia y retrocedió hacia los faldones de la tienda.

–Un honor haber hecho negocios contigo, señor. Si alguno de tus hermanos oficiales necesita una armadura, te agradecería que les dieras informes de Ciro de Palmira, orgulloso proveedor de la mejor protección para los héroes del imperio. Que los dioses te protejan.

Con una última reverencia desapareció, y Macro deshinchó las mejillas al contemplar la cota de malla.

–Espero que valga la pena...

–El tiempo lo dirá. –Cato suspiró también y llamó en voz alta–: ¡Thraxis! ¡Ven aquí!

Un momento más tarde, un soldado auxiliar bajo y de anchos hombros entró corriendo en la tienda y saludó. Aunque se había unido a la unidad tracia, el nuevo sirviente de Cato era de Macedonia, y tenía los rasgos oscuros y los ojos estrechos de su raza. Cato lo había elegido para sustituir a su anterior sirviente, que había muerto en el fuerte de Bruccio. A pesar de su falta de experiencia como criado, el hombre tenía un buen expediente, y su decurión respondía de su honradez y su dominio del latín. Por el momento bastaría, había decidido Cato, pero en cuanto hubiese concluido la estación de campaña se proponía comprarse un esclavo de buena calidad en el mercado de Londinio, uno que llevase a cabo los deberes necesarios y así permitir a Thraxis que volviera a su escuadrón.

Cato señaló su peto:

–La usaré sólo para las ceremonias. Ve al mercado de los seguidores de campo y compra un poco de laca. Quiero que la limpies, la pintes y la pulas para que resplandezca como si fuera nueva.

–Sí, prefecto.

–Y ya que vas allí, ¿falta algo de mi despensa personal? Thraxis bajó la mirada y pensó un momento.

–Vino y queso, prefecto. Nos estamos quedando cortos... –dirigió una mirada rápida a Macro–, debido al reciente consumo.

–¿Hay monedas suficientes en mis fondos para la despensa? –preguntó Cato.

–Sí, prefecto. Aunque a final de mes necesitarás fondos nuevos.

–Muy bien, a ver si esta vez puedes comprar un vino decente. Las últimas dos jarras sabían a meado.

–¿Sí? –Macro levantó la vista–. No me di cuenta...

Cato suspiró y volvió a dirigirse a Thraxis:

–Vino bueno, ¿comprendes?

–Sí, prefecto. Ayer se unió un mercader de vino al campamento. Tiene nuevos productos. Probaré con él.

–Sí, hazlo. Retírate.

Su sirviente se inclinó con rapidez y salió de la tienda. Macro esperó hasta que se hubiera alejado lo bastante como para que no lo oyera y se rascó la mejilla.

–No confío demasiado en él.

–¿Thraxis? Trabaja bien. Y es buen soldado también.

–De eso se trata. No me parece un soldado auxiliar. Más bien parece uno de esos griegos listillos.

–Supongo que te refieres a los filósofos.

Macro se encogió de hombros.

–Creo que mi descripción les hace más justicia. Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Cato suspiró.

–Tiene que haber de todo en esta vida, Macro.

–En el ejército, no, muchacho. Nuestro negocio es matar gente. No es una tertulia. Y hablando de hablar...

–Macro buscó en su morral y sacó una tableta grande encerada. La abrió y miró las notas que había garabateado en la superficie e inmediatamente cambió su talante hacia unos modales más pulcros. Su voz se alteró sutilmente, según notó Cato. Había desaparecido el tono fácil de camaradería, y Macro se había convertido en el centurión de mayor rango de la Cuarta Cohorte de la Decimocuarta Legión.

–Informe diario para ayer, señor. Recuento de fuerzas. Primera Centuria: sesenta y dos aptos, ocho enfermos, uno destinado al cuartel general.

—¿Y eso para qué?

—Para interrogatorios, señor. Las habilidades del legionario Pulonio se han requerido para interrogar al último grupo de prisioneros.

—Muy bien. Sigamos.

Macro echó un vistazo a sus notas de nuevo.

—Segunda Centuria: cincuenta y ocho aptos, diez enfermos. El cirujano dice que no cree que uno de ellos sobreviva al día de hoy.

Cato asintió mientras hacía un cálculo aritmético rápido. La cohorte de Macro había sufrido graves pérdidas en el fuerte y, en lugar de contar con seis centurias escasas de hombres, Cato había ordenado que los supervivientes se reagruparan en dos unidades con un nivel de fuerzas más aceptable, de modo que pudieran operar como unidades tácticas efectivas. Lo mismo ocurría con su propia cohorte, la Segunda de la caballería tracia. Quedaban los suficientes soldados rasos para llenar las sillas de cuatro escuadrones, apenas noventa hombres en total. De modo que su mando, la escolta de la intendencia y seguidores de campo, ascendía a doscientos diez hombres. Si Carataco consiguiera meter subrepticamente una fuerza de ataque entre la columna principal del general Ostorio y la retaguardia, podrían armar un buen estropicio antes de que se pudiesen reunir las fuerzas suficientes para rechazarle de nuevo. Y, si ocurría semejante calamidad, seguro que el general le echaría la culpa a Cato, a pesar de la escasez de hombres que tenía a su mando. Tales eran las iniquidades de la vida de un oficial, reflexionaba Cato para sí, con desalentada amargura.

—¿Y qué más?

–Los suministros de grano se están acabando. Quedan sólo cuatro días de ración completa. Y el armero se ha quejado también del cuero que tiene que usar para las reparaciones de las armaduras segmentadas de los hombres.

–¿Qué le pasa?

–Que está húmedo. La mayoría del que tenemos en reserva es inútil. Las correas sustituidas se siguen rompiendo.

–Pues que vaya a buscar más al almacén.

Macro chasqueó la lengua.

–Ésa es la cuestión. Que no puede sacar más del almacén de la Decimocuarta porque el intendente no se lo quiere dar.

Cato cerró los ojos.

–¿Y eso por qué?

–Porque dice que mi cohorte está destacada, en cuyo caso hay que sacarlo de las reservas de la columna de escolta.

–Pero ya no nos queda cuero.

–Dice que ése no es problema suyo.

Cato siseó y abrió los ojos.

–¿Has hablado con él?

–Sí, claro. No hay nada que hacer. Ha sugerido que lo consulte con mi oficial al mando, y aquí estoy.

–Gracias.

Macro sonrió.

–Son gajes del oficio, señor.

–Ya veré lo que puedo hacer en el cuartel general, una vez el general nos haya dado sus instrucciones. –Cato cruzó los brazos–. ¿Eso es todo?

–Por ahora sí, señor.

–Pues hemos terminado. Gracias, centurión.

Macro saludó y salió de la tienda, dejando a Cato solo para que diera rienda suelta a sus frustraciones. Éste levantó los ojos y rogó brevemente a Júpiter, el mejor y el más grande, no estar a cargo de la escolta de la intendencia mucho tiempo más. Ya era malo que sus dos unidades estuvieran deplorablemente despojadas de fuerzas, bajas de suministros, y que sus necesidades fueran ignoradas en gran medida. Pero lo peor era la naturaleza de sus mismos deberes, teniendo que persuadir y amenazar constantemente a los conductores de mulas contratados para que hicieran mover las carretas, arreando a los mercaderes, comerciantes de vino, prostitutas y tratantes de esclavos que seguían la estela del cuerpo principal del ejército. Demasiado a menudo tenía que resolver disputas entre ellos y golpear unas cuantas cabezas debido a las discusiones que amenazaban con detener su avance por el camino fangoso, pisoteado por las botas de los legionarios que marchaban a la cabeza de la columna.

Cato salió de la tienda y examinó la escena que se presentaba ante él. La oscuridad caía ya sobre las montañas siluras, pintando el cielo de un tono débilmente liláceo. El ejército se había detenido por la tarde para montar el campamento y, ahora que se habían preparado ya las últimas defensas, se disponía a pasar la noche. Debido a la estrechez del suelo del valle, los soldados se habían visto obligados a construir una fortificación larga y estrecha en lugar del rectángulo habitual. Como resultado, las carrozas con la intendencia y las tiendas y refugios de los seguidores de campo, distribuidas al azar, se extendían a ambos lados, más allá de las líneas regulares de las tiendas pertenecientes a los hombres del destacamento de escolta. Los caballos de los tracios es-

taban masticando su cena muy contentos en un recinto cerrado con cuerdas.

A su derecha, a unos doscientos pasos de distancia, se hallaban acampadas las dos cohortes de la retaguardia en una línea de tiendas mucho más ordenadas. A una distancia similar, a la izquierda, estaban las largas filas de tiendas pertenecientes al primer cuerpo del ejército, tan ordenadas como lo permitía el terreno y dispuestas en torno a la tienda de su oficial al mando. La tienda de mayor tamaño que podía ver Cato estaba en una pequeña elevación, a unos ochocientos metros de distancia más o menos: el cuartel del general Ostorio. Se habían encendido muchas hogueras, y el resplandor de las llamas destacaba ante el velo de la oscuridad creciente. Hacia arriba, más allá del parapeto con estacas que recorría la fortificación, Cato vio pequeñas partidas de hombres a caballo, parte de otra unidad de caballería, en los montículos que rodeaban el campamento, algunos delineados crudamente ante la luz desfalleciente del sol que se ponía. Y más lejos, allá fuera, en aquellas montañas salvajes, el ejército de Carataco al que perseguían los romanos... Al menos por el momento, pensó Cato. Él había luchado antes contra el rey catuvelauno, y había aprendido a respetarlo. Carataco podía darles alguna sorpresa. Cato sonrió torvamente. De hecho, sería una sorpresa que no les sorprendiera.

Las notas finas y metálicas de un corno penetraron entre el murmullo de las órdenes, las conversaciones y las risas. Cato escuchó atentamente y reconoció la señal que convocaba a los comandantes de unidad al cuartel general. Volvió a su tienda y se ató un jubón de cuero con tiras protectoras para los hombros, que caían desde la cintura



hasta los muslos. Se puso la correa de la espada al hombro y se abrochó la capa de lana. Estaría muy oscuro cuando volviera a su tienda, y conocía lo bastante bien aquellos valles como para saber que por la noche haría mucho frío, incluso entonces, en la época que en Britania pasaba por verano. Salió de su tienda mientras acababa de ajustarse el broche del hombro y el manto, a la espera de que Macro saliera de su tienda. Entonces los dos hombres atravesaron el campamento, dirigiéndose hacia el cuartel general.